

Del anunciado ocaso del padre

Marcial Romero

Había una vez un padre y un hijo. Un hijo es como un espejo donde se ve el padre y el padre es también un espejo donde el hijo puede ver el porvenir. El padre se creía culpable de la melancolía de su hijo y su hijo se creía la causa de la tristeza de su padre, pero jamás cambiaron palabra al respecto. Más tarde el padre murió. Y el hijo vivió y entendió muchas cosas

Kierkegaard

Figura y fondo

Figura de identificación básica, el padre siempre estará presente en toda búsqueda de identificación con un modelo válido. El padre no sólo dirige, vigila, amenaza, condena o culpabiliza, sino que también protege, estimula, enriquece, tolera y ama.

La imagen del padre que hemos heredado de los antiguos permitía recrearlo como una figura sólida, pétreo o marmórea, pero el tiempo parece desmoronarla. Ya no la vemos, sólo la entrevemos. Está sometida a un proceso de desfiguración, en el que los contornos y límites se desdibujan. Ese trozo de piedra esculpido en la antigüedad parece no resistir los embates del tiempo. La inclemencia de éste erosiona una figura esculpida para dominar sobre el fondo familiar y público. Lo que se conmueve es el orden inmemorial y andamos confundidos, según ha señalado muy acertadamente Pascal Bruckner en «La nueva guerra de secesión. (De los hombres y las mujeres)»: «En efecto, desde hace más de un siglo estamos viviendo el final del principio de autoridad automática concedido a los hombres» (p., 157). El hombre se ve obligado a relativizar su supremacía, entre otras razones, porque las otras figuras del escenario familiar y público se han vuelto más visibles y protagonistas. Entre el mundo exterior y la familia el padre ha dejado de ser el mediador. Ya no es el único intérprete de las «sagradas escrituras», ni siquiera el que dicta y escribe la ley. La relación de los miembros de la familia con el mundo exterior se ha vuelto líquida, continua y cada cual se relaciona con cada quien en base a estrategias diversas frente a las cuales configura su identidad.

Si tradicionalmente la lealtad exigida por la familia ocupaba a los individuos la mayor parte de su corazón, en la sociedad actual las

múltiples lealtades institucionales exigidas a los individuos relativizan la dominancia figurativa del padre. Esta destradicionalización, a la que se han referido Beck y Beck-Gernsheim en *El normal Caos del Amor*, forzada por los procesos de modernización, ha desfigurado la imponente figura del padre. Lo que provoca la modernización es la estricta separación de la familia nuclear y la vida pública. Somos herederos de las políticas modernizadoras que han reducido lo familiar a una especie de átomo convivencial, representado por la familia nuclear (núcleo básico, madre-hijo/a + núcleo reproductor, hombre-mujer) o conyugal. El capitalismo pretende sustituir la legitimidad familiar por la burocrática, excepto para los viejos de la «tribu capitalista» que siguen dominando la toma de decisiones. Pero para el amplio espectro de las clases medias de familias nucleares el átomo de convivencia está hoy muy cuestionado. Pareciera como si el eje convivencial se hubiera descentrado y la rotación fuera errática. Refiriéndose a la *liberación femenina*, por ejemplo, Doris Lessing en *The Golden Notebook*, advertía lo siguiente: «No creo que la liberación de las mujeres cambie mucho, no porque en sus fines haya algo equivocado, sino porque salta ya a la vista que todo el mundo está siendo sacudido hasta la médula por una oleada de cataclismos. Probablemente, cuando salgamos de ella, si es que salimos, parecerán muy pequeños los fines de la Liberación de las Mujeres» (cit. por Robin Fox en *La roja lámpara del incesto*, 276). Si traigo a colación esta cita es sobre todo para significar que el anunciado ocaso del padre, como de la familia, o de la pareja o del varón, etc., desvela el movimiento del fondo donde su figura aparecía nítida. Ahora ya no, pues el fondo o paisaje donde esa figura se contenía ya «no para quieto». Un fondo o paisaje que ya no está en la lejanía, sino que se sobrepone a las figuras, inundándolas o avasallándolas.

Lo que la actualidad rebota es que la familia nuclear se convierte en un asunto, entre otros muchos, en la larga biografía individual. Este descentramiento de la vida familiar provoca una multiplicidad de efectos, sobre los que todavía no disponemos de conocimiento práctico que nos oriente en nuestras vidas. Es decir, que en la situación actual, más entrevista que vista, de lo que nos damos cuenta es de que tenemos que responder a situaciones o hacer

elecciones sin conocimiento práctico para ello. Nuestras acciones y elecciones son hechas sin una base documentada. Con toda seguridad no carecemos de información, pero como no sabemos cómo seleccionar... No en vano nuestra sociedad se define como *sociedad del riesgo*. Sea lo que sea, sí aparece sobre el horizonte de realización social un fondo borroso, de luces y sombras, donde las figuras históricas aparecen desdibujadas, anunciándose incluso de la Historia su final. ¿Qué viene? ¿Quién lo sabe!

¡Djen paeter! ¡Cielo Padre!

De múltiples formas se anuncia el ocaso del padre: su mengua, su declinación, su extinción, su venir a menos, su muerte. Pero conviene recordar a Mussil, quien en sus *Diarios* escribía que mientras se piensa en frases con punto final ciertas cosas no pueden expresarse, y apostillaba que todo énfasis sistemático impide que la pluralidad de lo real se despliegue en su inagotable fragmentación. Nuestra vida no se dibuja con una línea continua. Quedemos avisados. No muere el padre, sino más bien se derrumba su certeza. Y en este sentido Arnoldo Liberman ha cifrado este derrumbe en *La nostalgia del padre* como grietas de la ley de coherencia racional que representa, «como legislador muchas veces todopoderoso, como incitador de respuesta afectiva, como continuidad del ser (en el sentido de Bataille), como respuesta siempre posible para un mundo muchas veces imposible, como síntesis alimenticia que conjuga fecundar con producir y dar forma al don de la vida» (35). La imagen autoritaria del padre primitivo y su asesinato ritual por los hijos nos conecta con una epopeya en la que los hijos se resisten a aceptar el poder automático de una figura y una ley imponente y providencial. El vínculo entre los hermanos se habrá de establecer oponiéndose a papá. Pero quizá liberarse del padre no es matarlo, sino comprenderlo, pues el padre no sólo dirige, vigila, amenaza, condena y culpabiliza, sino que también protege, estimula, enriquece, tolera y ama. La paternidad es muy fundamentalmente un dispositivo de conciencia moral y conforma de modo significativo el clima edu-

cativo. Por esta vía de análisis la paternidad puede ser vista como conciencia moral de una cultura, pues la paternidad como *superyó parental* (Freud) contiene ideas conservadoras y represivas de padres, maestros, jefes, por ejemplo, que imponen una conciencia moral de culpabilización, revertida sobre cada individuo. Si la paternidad está en crisis, si su figura aparece agrietada, muy posiblemente tenga que ver con la transformación de la conciencia moral de nuestra época. Habría que preguntarse por ello, pero a mí me excede el problema.

Es previsible que su caída derribe otras figuras sin las cuales no puede entenderse: la del hijo, la de la madre, la de los hermanos, la de los jefes, la de los viejos. Pero el padre ha sido escarnecido ya muchas veces. Es más, sobre la muerte del padre a manos de sus hijos, los griegos fundaron la genealogía de Zeus, salvado de la futura muerte a mano de sus hijos tragándose a Metis y pariendo por la cabeza a Atenea. Esta metamorfosis de Zeus (para los romanos *Iuppiter*, cuya fórmula de invocación era *¡djen pæter!*, ¡Cielo Padre!) funde el principio femenino y el masculino sobre la dominancia paterna como creador físico y espiritual del orden divino uránico. Enguyendo a Metis Zeus fecunda y alumbró a Atenea. Así dice ésta en las *Euménides* de Esquilo: «No es la que llaman madre la que engendra al hijo, sino que es sólo la nodriza del embrión recién sembrado. Engendra el que fecunda, mientras ella sólo conserva el brote» (vv 658 ss). La sobredominancia de Zeus/Júpiter, celeste dios y alumbrador y creador de los griegos, instaura un dispositivo de reproducción patrilineal helénico, donde los hombres sustituyeron el linaje prehelénico matrilineal, convirtiéndose en señores absolutos de madre e hijos. La configuración de la paternidad en la mitología griega, como dispositivo de culto filial ferviente, se ha puesto de manifiesto en reiteradas ocasiones. Evelyne Sullerot, por ejemplo, en *El nuevo padre*, al hablar del pasado mítico y religioso de la paternidad, interpreta: «Los griegos desarrollaron una concepción tan absoluta del padre tal vez porque les costó mucho aceptar y asumir su paternidad, porque superaron difícilmente la hostilidad antigua hacia el hijo, ese intruso, ese rival en potencia tanto más peligroso por cuanto les sobrevivirá. Así, transformaron el miedo y el odio del padre —que teme por su poder— y el miedo y el odio del hijo —que quiere suprimir al

padre, obstáculo para alcanzar ese poder— en una religión de la paternidad, en un culto filial ferviente. El vínculo tiene que ser tan poderoso como para que el padre y el hijo se sientan seguros y confiados por completo: el hijo será acogido y protegido; el padre no será expoliado ni eliminado. Al contrario, la vida de uno será prolongada por el otro y la obra de uno será retomada y continuada por el otro. Los griegos descubren entonces la continuidad genealógica por línea paterna tal como la expresa Heráclito: “El padre, cuando se convierte en padre, es hijo de sí mismo”» (40 s.). Pensemos que en el griego antiguo la misma palabra, *genités*, significa tanto padre como hijo. Padre e hijo se encuentran abocados a la misma continuidad, unidos en la raíz (*gene*), que significa nacimiento, origen y también raza, nación, especie, género. La alianza padre-hijo se construye sobre la piedad filial y va más allá de la muerte. Esta concepción ya venía de los egipcios, donde el padre difunto conservaba una enorme importancia.

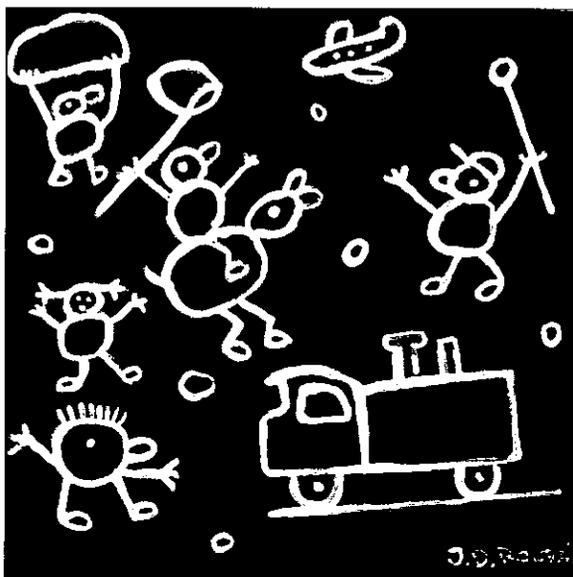


Figura 1. Juan Diego Roldán: *El espejo del tiempo*, 1999

Orígenes

En clave paleoantropológica la transición a la caza trabajó las sociedades reproductoras y nucleares. La prolongación del periodo de inmadurez de las crías exigió la colaboración del padre, para la

alimentación y para la educación. La transición a la caza soldó las sociedades reproductoras (machos-hembras) y nucleares (hembras-progenies). Los hijos se volvieron necesarios como futuros cazadores. La familia nuclear (padre-madre-hijos) se constituye en la soldadura de la producción-reproducción. La inserción del macho en la pareja nuclear, hembra-crías, debió ser, en opinión de Moscovici, según escribe en *Sociedad contra natura*, «una inserción creadora de tensiones. La agresividad masculina, la tendencia a matar a los jóvenes en el curso de los acoplamientos –se observa en los babuinos y en los *rhesus*– o el cambio de compañeros no podrían tener sino efectos deletéreos. La rivalidad o el hábito de intentar romper las relaciones de las madres con su progenie, llevarían también a encontrar una estabilización de las relaciones con esta última. Dicha estabilización implicaría que entre el hombre y el muchacho se estableciera algo similar a la pareja nuclear en el interior y bajo la égida de la pareja reproductora» (200 s.). La paternidad representa la difusión de la autoridad de los machos en un dominio que con anterioridad pertenecía a las mujeres. Interpreta Moscovici que «la retención de los muchachos, igual que las niñas, en el grupo reproductor, tiene por consecuencia que el padre se arroga un derecho particular sobre ellos» (201), y una relación de consanguinidad se instala allí en donde antes era desconocida. Es así que la afiliación se convierte en parentesco: «A la línea de la madre la sustituye la del padre o se le agrega y la sociedad de parentesco se revela inmediatamente como sociedad de paternidad (202)». La hominización prepara justamente el nacimiento del padre, no su muerte. El padre hace los hijos y sin padre no hay hijos, socialmente hablando. En su defecto, sigue Moscovici, los niños son despojados de sus derechos, deshonorándolos la sociedad «con el nombre significativo de hijos naturales» (cit.).

El problema de cómo insertar al macho en la relación hembra-crías se resolvió en términos familiares: «ser el retoño de una madre y de un padre, entrar en la vida por la una y en la sociedad por el otro, ligarse al padre por la madre y asociarse al primero rompiendo con la segunda, constatar incesantemente a uno de los progenitores como opositor y como tercero, término de una relación y mediador, vivir, en fin, esta relación bajo el signo de la violencia y la

violencia como precio de su salvaguarda, éste es el cambio operado en la familia una vez que ella se establece; el problema del macho es problema del hijo» (Moscovici, cit., 202). Precisamente, el matrimonio representó, en opinión de Moscovici, una conquista de los machos subordinados (es decir, de los hijos/jóvenes), «una subversión del orden reinante en las colectividades homínidas» (205). La individuación de la paternidad generalizó la escala de valores, fundada sobre el derecho de todos.

Los hijos se volvieron elementos interesantes para los varones en un momento preciso del desarrollo evolutivo en el que la demanda era «cazador». Si los hijos se insertan por el padre en la estructura social, en el mundo productivo, ¿qué sentido tiene la paternidad en una sociedad como la actual donde el individuo, y no el hijo, es el que se demanda? Porque parece insostenible ya que la paternidad está asociada al poder de dominio patriarcal, cuando la patria potestad ha sido arrojada al cubo de la basura en las últimas reformas del Código Civil, siendo sustituida por la *parentalidad*. ¿Qué sentido tiene la paternidad en una sociedad de individuos?

Individualización

El anunciado ocaso del padre está condicionado por la reestructuración social de lo privado, como lo expresaron el matrimonio Beck/Beck-Gernsheim a principios de esta década en *El normal Caos del Amor*. Las tesis que expusieron siguen siendo fértiles y orientadoras. Las contradicciones actuales entre las clases de sexo, consecuencias de la destradicionalización de la familia se expresan belicosamente en el hogar. La industrialización configuró las formas de familias nucleares que actualmente se están destradicionalizando. El trabajo familiar y la producción se rigen por principios contradictorios de organización. Frente a la organización contractual del mercado, la organización comunitaria y gratuita del hogar. La relación producción-reproducción se articulan contradictoriamente, provocando conflictos que se intentan paliar terapéuticamente sobre la rees-

tructuración de una conciencia individual culpable que se toma como dato.

Hay que señalar que el desarrollo del Estado de Bienestar, tras la segunda Guerra Mundial, provoca dos efectos importantes: uno, la extensión de la realización profesional y mercantil de las mujeres; otro, la aparición de situaciones totalmente nuevas en el seno familiar, capaz de disolver los fundamentos estamentales de la sociedad industrial. Como expresan los autores: «Con la *imposición* de la sociedad industrial del mercado más allá de la división por géneros, se está persiguiendo, ya desde el principio, la *separación/disolución* de su moral de familia, destinos de género y tabúes como el matrimonio, la paternidad y la sexualidad» (54). Mediante la liberación demográfica, la descalificación del trabajo doméstico, la anti-concepción, el divorcio, la participación en la enseñanza y la profesión, etc., se expresa una liberación de las mujeres de las predeterminaciones del moderno destino estamental que les aguardaba, viviéndose como una liberación irreversible. La espiral de la individualización, basada en el mercado laboral, enseñanza, movilidad y planificación de la carrera profesional, afecta muy seriamente a la familia. En periodos de rápidas transformaciones la forma de vivir es generalmente crítica, de ahí su forma de vivir «en crisis». Entre otras razones porque a estas condiciones de individualización se le oponen otras que pretenden asignaciones tradicionales para ellas: «Así, las mujeres están divididas por la contradicción entre liberación y revinculación a las viejas adjudicaciones. Eso se refleja también en su conciencia y comportamiento. Huyen del trabajo doméstico a la profesión y al revés, e intentan, en diferentes épocas vitales de su biografía, conciliar de “alguna manera” las condiciones irreconciliables de su vida mediante decisiones contradictorias. Las contradicciones de su entorno refuerzan las suyas: ante el juez de familia, las mujeres tienen que aceptar la pregunta de por qué han descuidado su carrera profesional; en la política familiar tienen que aguantar la pregunta de por qué no cumplen con sus deberes maternos. Y con sus propias ambiciones profesionales le dificultan al marido su vida profesional ya en sí muy pesada. El derecho al divorcio y la realidad del divorcio, la falta de seguridades sociales, las puertas cerradas del mercado laboral y la carga casi

exclusivamente en la mujer del trabajo familiar, caracterizan algunas de las contradicciones que el proceso de individualización ha introducido en el contexto de la vida femenina» (60).

¿Qué pasa con los hombres? Su situación parece diferente. La paternidad no ha constituido nunca un verdadero obstáculo para ejercer su profesión; más bien, todo lo contrario: les ha obligado a ejercerla. Paternidad, empleo, independencia económica y existencia familiar se refuerzan en el contexto individualizador de las sociedades contemporáneas. Pero no tan deprisa, pues los hombres también se rebelan y discuten sus asignaciones, entre ellas, su absoluta dependencia del trabajo: la redención del padre por el trabajo, evitando el deseo y las capacidades de disfrute. Pelear por el trabajo es asegurarse para nada. Éste asegurarse su terreno para nada significa «el agotamiento frente a las metas profesionales y empresariales con las que no se pueden identificar, pero a las que están obligados; la “indiferencia” que resulta de ello, pero que nunca llega a ser una indiferencia total, etc.» (62). No obstante, se producen importantes oportunidades de cambio para los hombres, debido a los cambios que viven las mujeres. Por ejemplo, la participación laboral de las mujeres relaja o puede relajar la tensión que provoca la carga económica. Puede configurar las posibilidades de negociación laborales, negándose a aceptar cargas demasiado onerosas. O puede reestructurar sus compromisos con el trabajo y la familia. Puede, en fin, armonizar una serie de demandas y lealtades contradictorias, pero relativas. Estas posibilidades para reformular los compromisos con el trabajo y la familia provoca en sus periodos de transición un débil equilibrio familiar. La armonía familiar se vuelve más frágil.

Los hijos y la seguridad económica ocupan el centro de los conflictos entre hombres y mujeres. En caso de divorcio son estos problemas los que ocupan el centro de la discusión, y se manifiestan las desigualdades: hablando esquemáticamente, las mujeres se quedan con hijos y sin dinero; los hombres, se quedan con el dinero y sin hijos. No está claro que los hombres ganen quedándose sólo con los ingresos. Es más, en la medida en que disminuye la desigualdad económica entre hombres y mujeres, apuntan los autores, «se está cobrando conciencia de la *discriminación del padre*. Por su capacidad de parir, la mujer tiene el título de

posesión sobre el hijo, tanto biológica como legalmente. Se están diferenciando las relaciones de propiedad entre semen y óvulo. La parte del padre en el hijo siempre queda sujeta a la madre y a su antojo» (63). Evelyne Sullerot, en *El nuevo padre*, especifica má propiamente esta sujeción: «¿Cómo juzgar la ausencia de los padres, rechazados como consecuencia de los divorcios por la alianza objetiva –por no decir la confabulación– formada por madres + jueces de familia + psicólogos + asistentes sociales, todos los cuales, con una sola voz, afirman actuar en interés del hijo?» (219). Descenramientos en época de transformaciones.

También la individualización que azuza el conflicto y las divisiones entre unos y otras impulsa la búsqueda de las relaciones amorosas. «Todo lo que se va perdiendo, se busca en el otro», señala el matrimonio Beck/Beck-Gernsheim. Y es que, muerto Dios, desaparecido el cura, la clase y el vecino, sólo nos queda el tú, y la medida de este tú es el vacío que reina en todo lo demás. Esto nos lleva a considerar que el fundamento del matrimonio y la familia no es tanto la economía y el amor, cuanto el miedo a la soledad. Así, dicen estos autores: «Todo lo que se augura y se teme *más allá* del matrimonio, o sea la soledad, quizá constituya la base más estable de esta relación» (64 s.).

Estamos en una fase experimental donde los individuos proyectan una carrera plural y provisional, desde un proyecto global. Este pluralismo biográfico alterna familias mezcladas con familias interrumpidas, otras formas de convivencia y soledades elegidas o impuestas. El cambio actual nos impone experimentar. El matrimonio se puede separar de la sexualidad, ésta de la maternidad/paternidad, la cual puede ampliarse por el divorcio, y todo esto puede dividirse por el hecho de vivir juntos o separados y potenciarse de múltiples formas o revertirlo todo, sin más. Esta es la situación.

En el nombre del hijo

La transformación de las predeterminaciones en decisiones implica, primero, que la posibilidad de no decidir se vuelve imposible, al menos tendencialmente; y segundo, que las decisiones que se tienen que pensar se están convirtiendo en los conciencia-

dores de las desigualdades que surgen y de los esfuerzos para resolver los conflictos. Pues bien, el juego de la toma de decisiones se produce en un entorno de demandas y lealtades contradictorias o divergentes entre familia y trabajo. El mercado exige individuos disponibles y móviles. Como tipo humano, el soltero o la soltera sin «cargas familiares» es el más apto. «La sociedad de mercado llevada hasta el final es, por consiguiente, también una sociedad *sin niños*, a no ser que los hijos crezcan con madres y padres solteros y móviles» (Beck/Beck-Gernsheim, cit., 68). Desde este punto de vista el hijo se configura como obstáculo en el proceso de individualización, pero a la vez se reconoce que representa la última relación primaria irrevocable y no intercambiable que queda. «Con él se cultiva y se celebra una vivencia social anacrónica que, con el proceso de individualización, se torna improbable y al mismo tiempo ansiada. [...] El hijo se convierte en la *última contra soledad* que la gente puede crear frente a las posibilidades de amar que se les escapan. Es la *forma privada del "reencanto"* que cobra importancia con el desencanto producido por ella misma. El número de nacimientos disminuye. La importancia que se da al hijo, sin embargo, crece. Pero al final, casi nunca se llega a tener más de uno. Ya no llegan las fuerzas para más. Pero quien cree que los gastos (económicos) impiden que la gente traiga niños al mundo, tropieza con sus propias delimitaciones impuestas por el pensar en costes-beneficios» (cit., 72).

Cuando los conflictos de la gente provienen de las formas de vida impuestas no pueden resolverse en base a terapias que reconduzcan el sufrimiento basadas en traumas familiares en la infancia. La paternidad, por referirme a mi interés en este artículo, está sobredeterminada por las condiciones de desigualdad, el trabajo, el mercado, la política, la familia y las formas de vida a las que está expuesta. A lo que parece, el fondo de la figura paterna, ese fondo borroso y entrevisto, rebota una multiplicidad de imágenes en movimiento con una gran capacidad de autonomía, donde las figuras que el padre contenía y contenían al padre le dieran la espalda o se movieran sin tenerlo en cuenta. Las mujeres y los hijos reclaman para sus relaciones la igualdad constitucional, proyectándose un efecto democratizador en las relaciones familiares. En la actual familia democrática,

afirma Sullerot en *El nuevo padre*, «el padre ya no prohíbe, no permite y no arbitra. Como mucho, es un “facilitador”, pero casi siempre guarda silencio, aunque sólo sea porque ha comprendido, desde hace ya veinte años [desde 1965], que, como afirmaba Galabru en *Una semana de vacaciones*, la película de Tavernier rodada en 1980, “hoy los hijos ya no se parecen a sus padres: se parecen a su época”. Además, desde hace diez años, ha comprendido que el modelo igualitario exigía que permaneciese en un segundo plano tras su mujer, a menos que se juzgara preferible que los papeles paterno y materno no se diferenciaron, y que tuviera que difuminar al padre tras el individuo, el cual es igual al individuo que es su mujer e igual al individuo que es su hijo, sin preocuparse ya por desempeñar el papel de padre» (219 s.).

Pero no hemos de olvidar que la figura del padre se compuso, junto a la prohibición del incesto y la exogamia para equilibrar intereses muy contradictorios en una época de fuertes transformaciones vitales. Soldar alianzas y coacciones para conseguir la paz del hogar. ¿Qué figura sustituirá al padre? No puede ser otra que el padre metamorfoseado, transformado mediante su propio proceso de deconstrucción y construcción de identidad, en un juego experimental que no pierda de vista las cosas verdaderamente importantes: que ningún modelo de vida será tal si no disuelve las presiones contradictorias de los bloques humanos en concurrencia: niños, jóvenes, adultos y viejos. Sería una locura pretender que el padre puede lograrlo solo. Sólo si creemos en una figura imponente y salvadora el padre es el sujeto obligado.

Si el padre era una víspera, como expresó el poeta César Vallejo, hoy es el hijo la víspera del padre, en el sentido en que la identidad del hijo se construye frente a una variedad significativa de hombres adultos. Las lealtades de los hijos ya no se concentran tan obsesivamente en la exigencia paternal, pues son requeridas en otros sitios más dominantes, ya sean públicos o íntimos. Pero los hijos de hoy anuncian el padre del mañana. ¿Cómo serán estos padres?

Evelyne Sullerot, preguntó mediante un amplio cuestionario a 340 adolescentes parisienses sobre la familia en general. Su pronóstico es que estos adolescentes, cuando sean padres, se resistirán a ser desvinculados de sus hijos. «No seremos así», como sus padres, parecen decir. Creen que estarán más presen-

tes, ser más responsables, ocuparse más de los hijos, integrándose más en la vida familiar. «Tendremos que ser diferentes a nuestros padres», contestan, aceptando la falta de un modelo familiar que les evite tener que construirse uno nuevo. Por lo tanto se ven como constructores de nuevas formas convivenciales. «Proclaman sin dudar, interpreta La autora, que el patriarcado ha muerto, y que con él murió el *pater familias*, así que ¡vivan los padres! Se terminó la *auctoritas* del padre; se terminó el padre autoritario. Pero ha terminado también el padre laxista y el padre irresponsable que no ha comprendido la fragilidad ni el valor del círculo familiar. Se acabó asimismo el padre-ectoplasma que se dejó arrinconar para acabar convertido, tras el divorcio, en el bolsillo que paga. [...] Los chicos de quince años que se proyectan en esta paternidad cálida y activa no parecen tener idea de las trampas que han puesto en su futuro camino las leyes, las costumbres y los recientes prejuicios antipadres. Nuestro deber de adultos consiste en desbrozarles el camino y hacer que se serene el ambiente antes de que puedan herirse. Las chicas que serán sus compañeras han comprendido perfectamente que no constituirá una derrota para las madres el hecho de reconocerle al padre el puesto y el papel que merece y el de garantizarle la permanencia de los vínculos que le unen con su hijo. Por el contrario, será el feliz corolario de la lucha de las mujeres por la igualdad y la garantía de las madres contra la soledad» (365). El hijo es hoy la víspera en cuanto el padre de hoy se configura a remolque de las demandas de los hijos. Y en un momento de cambio y transformaciones como las que venimos advirtiendo, no queda más remedio que experimentar y trabajar con lo que se tiene a mano.

«El bricolaje de la evolución»

Copio sin más el título de la segunda conferencia del científico y premio Nobel François Jacob de su libro *El juego de lo posible*. Advierte Jacob que el proceso de selección natural actúa como un «experto en bricolaje». Este término lo toma de Lévi-Straus, quien en *El pensamiento salvaje* le dedica varias páginas a precisar su origen y

uso. (El lector puede consultar la edición del FCE, México, pp., 35 ss). Un experto en bricolaje que, desconociendo lo que desea construir o producir, recoge lo que encuentra, trozos de madera, hierro, cartón, cuerda, alambre, etc., para producir algo nuevo. Los materiales de que dispone no tienen una adscripción precisa. Los objetos que construye no tienen nada en común, excepto la consideración de que «para algo servirá». ¿Para qué? Depende de las circunstancias. El proceso de evolución se parece a esa forma de operar, en opinión de Jacob. La evolución actúa como un experto en bricolaje que a lo largo de millones de años hubiera modificado lentamente su obra, retocándola continuamente, cortando aquí, añadiendo allí, ajustando, transformando, creando. Constante utilización de lo viejo para producir lo nuevo. Trabajar con lo que hay, incluso y sobre todo con lo que se desecha. Continua combinación de los mismos materiales y fragmentos. Lo nuevo a partir de lo viejo, uniendo fragmentos. «Todo consiste siempre en utilizar los mismos elementos, ajustarlos modificando por aquí o por allá, combinarlos de forma distinta produciendo objetos nuevos de complejidad creciente. Siempre es un problema de bricolaje» (Jacob, 86). La especialización y la diversificación es una utilización distinta de una misma información estructural.

Como han indicado Beck y Beck-Gernsheim al referirse a nuestra época: «Mirando el transcurso de una vida, hay que constatar, por tanto, que la mayoría de la gente *ha entrado (con todo el sufrimiento y miedo que necesariamente conlleva) en una fase de ensayo de formas de convivencia, prescrita por los cambios históricos*, cuyo fin y resultado actualmente no se puede prever. Pero todas las “equivocaciones” sufridas no pueden evitar el paso a un nuevo “experimento”» (66). Argumentos que refuerzan esa visión de experimentación y apertura para configurar dispositivos nuevos que solucionen problemas.

Podemos hablar del ocaso del padre, pero corremos el riesgo de vaciar de sentido nuestro discurso. El padre sigue existiendo y durará todavía muchísimos años, quizá tantos como el género humano. Gran parte de los elementos constitutivos pueden ser transferidos a otras figuras antiguas, nuevas o sustitutas: a la madre, al compañero de la madre, al amante, etc. Pero finalmente habremos de resolver los

problemas de soledad que se empiezan a vislumbrar ya hoy en día como una pandemia. Conviene exagerar en este punto. La soledad es un problema al que tendrá que responderse. No prejuizo en absoluto que el cambio social apunte un horizonte de individuos solos y deprimidos, sino que uno de los efectos perversos puede ser el del aislamiento social, como así se está produciendo una soledad de viejos y moribundos, que nos rebotan signos de terrible vida personal. A ello se refirió Norbert Elias en *La soledad de los moribundos*: «Jamás anteriormente ha muerto la gente de una manera tan poco ruidosa y tan higiénica como hoy en día en este tipo de sociedades, y jamás lo ha hecho en unas condiciones que hayan fomentado tanto la soledad» (105). Efectos de soledad, entre otros muchos que se podrían señalar.

Si las cosas van por el camino de la *individuación* llegará un momento, si no ha llegado ya en términos de demandas implícitas, en que los gobernantes se obligarán a ofrecer en sus programas felicidad a los individuos. Se transfieren las demandas privadas al Estado (de Bien-estar). Pero la concepción de «lo social» es aún hoy una concepción precaria y como de segunda mano. Y por otra parte, si la trama social se vuelve más institucional se corre el riesgo de que se instaure el nepotismo, con signos ya muy visibles en la actualidad. Las instituciones crean líneas de autoridad que se transforman en líneas de pertenencia —¿qué es el parentesco, sino decir quién pertenece a quién, quién puede con quién...?—, redes de colegas o amigos, etc. En la cúspide social, por otra parte, las relaciones familiares siguen siendo muy importantes para obtener sitio, plaza y estatus; siguen conformando un estado. En estas familias el *pater familia* sigue teniendo el cetro. Vamos, el cetro y el patrimonio, y siguen ejerciendo de padres hasta la muerte.

Despatrimonialización

U

na de las razones más fuertemente exhibida para diagnosticar el ocaso del padre es que los padres actuales no tienen herencia que dejar a sus hijos. No únicamente herencia económica, sino moral o

social. Por ejemplo, el profesor Enrique Gil Calvo, en «Los hijos son de la mujer» se pregunta por qué han perdido los padres actuales el poder familiar, y contesta, en clave económica, que los padres han perdido su poder porque ya no tienen herencia patrimonial alguna que transmitir a sus hijos. Pero por supuesto no se trata sólo de herencia económica o de propiedades, sino más precisamente de herencia social, poder social. Antigüamente, razona, «los padres podían transmitir su poder social a sus hijos: sus propiedades, sus profesiones, sus oficios, sus empleos, sus influencias, sus amistades. Pero ahora ya no les pueden transmitir nada: ni trabajo, ni capital. En efecto, hemos pasado de una sociedad de propietarios a una sociedad de asalariados, en una economía reconvertida y terciarizada de empleo seguro y presario. Nadie puede programar su vida esperando heredar nada, ni siquiera el empleo, pues los padres actuales ya no pueden *colocar* a sus hijos ni influir en la búsqueda de trabajo para ellos» (199). Y si nos referimos al ejemplo moral que antaño representaba el padre, las conclusiones son parecidas: «ningún hijo actual puede heredar el curso vital de su padre, ni menos el aliento moral que lo impulsó» (200). En definitiva, «que la continuidad del vínculo entre padres e hijos se ha roto porque ya no queda nada que aquéllos puedan transmitirles en herencia a éstos (a excepción del patrimonio genético, que ya es lo único que se hereda de los padres). Ni siquiera puede transmitirse el ejemplo moral: de ahí que los padres hayan perdido su autoridad educativa y eludan responsabilizarse» (cit.). Esto es echarle un buen rapapolvo al padre.

¿Pero son así las cosas? La vida nunca ha sido fácil y siempre ha resultado oneroso ser padre, y la gran mayoría no dejaba herencia. Quizá nunca se ha vivido mejor económicamente que ahora ¿y sin embargo los padres no tienen herencia que dejar a sus hijos? Es difícil de entender... Pero es que además, antes se tenían más hijos, ahora uno o dos. ¿Cómo es posible que disponiendo ahora de más dinero/crédito y menos hijos los padres no tengan herencia? Tal vez se la gastan. ¿Es ahora el padre un gastón consumado? ¿No será más bien que los padres siguen gastando en sus hijos, como siempre? Que ahora el gasto sea continuo, planificado, diverso, abundante, etc., y por eso no se deja herencia o tanta herencia

no es un problema, sino otra forma de resolución de las cosas. La juvenilización actual, por ejemplo, podría interpretarse como un claro signo de generosidad paternal.

Que el padre haya sido un ejemplo moral y que no lo sea actualmente es también muy discutible. Es de sentido común: ni han sido nuestros ancestros tan morales ni nosotros tan inmorales. No es ningún demérito para el padre actual dejar de representar ese personaje del que los hijos pueden echar mano enseguida para estar colocados. Ni tan siquiera las cosas fueron tan automáticas en el pasado. Antes y ahora, los padres que pueden invierten en la educación de sus hijos para lograr un estatus social. Naturalmente, en aquellas familias que son *lo stato*, el hijo por ser *hijo de* ya tiene estatus.

¿Se han desentendido los padres actuales de la educación de sus hijos? No lo creo. Las razones que se aducen de que las madres son ahora las que se han hecho con este papel no evita que los padres no presten atención y recursos a la educación de sus hijos. Decimos hijos, pero en muchísimos casos no hay más que uno. Si se me apura, resulta muy sensato no andar tan pendientes del hijo. En un horizonte de carreras largas, abiertas, plurales y de riesgo, no se trata de orientar tanto respecto de una carrera como de aprender a aprender. Y aquí cobra un interés fundamental la figura del *bricoleur*, tal como la hemos tratado en el epígrafe anterior. Experimento y configuración a partir de lo que hay.

¿Que el padre no es un ejemplo moral? No. Es la época, que nos tiene confundidos. Y cuando el desierto avanza...

De los padres indignos

¿De qué padre se habla? Françoise Hurstel, en su artículo «De los padres "ausentes" a los "nuevos padres"», nos orienta de una manera brillante y sintética sobre la cuestión. Sostiene la autora que somos herederos de una transmisión genealógica cuyo origen se sitúa «al menos tres generaciones antes de la nuestra» (295). El destino de los llamados nuevos padres, los nacidos a partir de 1970, se

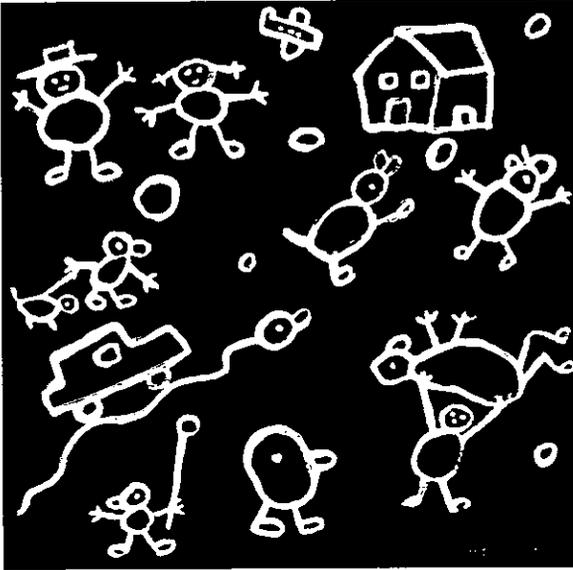


Figura 2. Juan Diego Roldán: *El padre-niño*, 1999

incardina en las transformaciones de los siglos XIX y XX, «que debilitaron la autoridad de los padres» (296). Este debilitamiento se pone de manifiesto en los enunciados del derecho paterno, cuyos enunciados permiten descubrir que el padre actual «es el hijo y el nieto de padres que han sido llamados *carentes*, ya que su padre haya sido o no designado de tal modo» (297). ¿Cómo explicar este debilitamiento? La Revolución francesa produce una transformación espectacular pero transitoria en el derecho paterno: la discusión legislativa propone un estatuto paterno que prefigura sorprendentemente al que se le propone actualmente. Los revolucionarios abolieron la patria potestad, pretestando que los derechos mediante la fuerza traicionan a la naturaleza. Pero esto fue ir demasiado lejos y en 1801 se restablece el derecho de corrección paterna. De tal forma que el código civil de 1804 concede al padre un inmenso poder sobre sus hijos, su esposa y sus bienes. Esposas e hijos se convierten en continuos menores sin derechos.

Pero será a partir de la ley de 1889, en Francia, sobre la represión de las violencias domésticas donde se constatan los primeros pasos en el debilitamiento legal de la patria potestad, hasta llegar a la ley de 1970 que elimina del derecho al *pater familias*. A partir de esta fecha, en España a partir de 1981, la patria potestad se reemplaza por la autoridad parental. La paternidad se transmuta legalmente en

parentalidad, y en caso de ausencia de matrimonio, corresponde en exclusiva a la madre.

En el nombre del hijo se ha ido limitando el poder familiar del padre. El derecho de familia se ha tornado *paidocéntrico* en la medida en que el derecho contemporáneo es individualista, cuyo reflejo en la familia es que sus intereses tienen que ceder ante el del niño, tomado en sí mismo. A la vez, la transformación del derecho de las mujeres en correspondencia a su estatuto de ciudadanas ha contribuido a limitar los poderes familiares del padre. A lo largo de este periodo (1889-1970) se va creando una imagen desvalorizada del padre, como sujeto carente. Declina la imago paterna.

Los historiadores de la familia describen dos figuras de padres carentes: desde finales del siglo XIX, una figura caracterizada por una falta de dinero, cultura, exceso de brutalidad y de alcoholismo; otra, desde la mitad de nuestro siglo los psicopedagogos caracterizan un tipo de padre burgués, carente de autoridad, irresponsable, ausente y muy metido en su trabajo. Figuras de declive que generalizan la carencia paterna, aunque no cabe la menor duda de que los padres más desfavorecidos siguen siendo potencialmente los más carentes, los más vigilados.

La escena inaugural de la paternidad contemporánea se sitúa a finales del XIX cuando el derecho civil recoge la inhabilitación de la patria potestad en favor del Estado (Asistencia Pública). Es entonces cuando se constata la indignidad del padre. La ley inscribe en los textos del derecho paterno tres características fundamentales de la paternidad: divide a los padres en buenos y malos; excluye a ciertos padres en favor de especialistas en «el bien del niño»; y desvaloriza a los padres carentes. Como ha señalado la historiadora Yvonne Kniebichler, se derrumbó el principio sacrosanto de la paternidad y el poder del padre sobre su hijo dejó de ser algo intocable, y «pasó a encontrarse sometido a criterios de seguridad, de utilidad pública y se le colocó bajo el control de la colectividad. Se produjo entonces un quebrantamiento de la solidaridad masculina que constituía la base de la sociedad patriarcal» (en F. Hurstel, 302). O como sostiene J. Mulliez en *Historia de los padres y de la paternidad*: «Hay que señalar que el padre, tal como lo definía nuestra tradición jurídica, ha desaparecido del derecho civil actual: ya no existe el estatuto jurídico de la paternidad, al menos en

el sentido de *patria potestad*. En este sentido, el derecho ha matado al padre» (en cit., 303).

¿A qué padres ha matado el derecho? A los padres indignos, pobres, sin bienes ni cultura. Son estos los padres culpables, a los que se inhabilitaban o contra los que se rebelaban sus hijos y sus mujeres. Son estos padres los nuevos proletarios inmigrantes del campo, que viven en condiciones de extrema explotación. Son a estos padres a los que vigilaba el código civil transformado a finales del XIX. Marx lo expresó con tremendas palabras en *El Capital*: «Si los padres proletarios abusan de su autoridad para maltratar a sus hijos, si hacen trabajar a su progenitura como bestias, es porque ellos mismos son desangrados y explotados y deben someterse a las exigencias de la producción so pena de morir de hambre... La legislación industrial es la confesión oficial de que la gran industria ha transformado la autoridad paterna en un aparato de mecanización destinado a proporcionar directa o indirectamente al capitalismo sus propios hijos; el proletario, so pena de muerte, debe desempeñar su papel de alcahuete y de traficante de esclavos» (*El Capital*, l. 1, t. II, cap. XV).

A la violencia de clase propia del XIX responde la violencia paterna del pobre, legitimada aquella en una patria potestad transformada en aparato represivo. Y en este sentido cabe sostener que en las reformas jurídicas de finales del siglo pasado se legaliza una nueva forma de violencia, la de la represión legal de estos padres carentes o indignos, al inscribir en la ley su posible inhabilitación. Se instala una imagen de desconfianza contra el padre que no se ha disuelto en la actualidad, reviviendo bajo formas específicas que no me paro a considerar.

La escena inaugural de la paternidad contemporánea, concluye Hurstel, quedó marcada «por una violencia nacida de una injusticia que quedará reprimida, excluida de las consciencias» (308 s.). En el siglo XX se seguirá estigmatizando a los padres, se aumentará la intervención de los especialistas en nombre del bien e interés del hijo. El malestar paternal dimana de esa violencia injusta ejercida a finales del XIX contra los proletarios indignos. Y en este sentido podríamos afirmar que sobre la figura del padre actual gravita la tensión de esa violencia inaugural, desmoronándola poco a poco. Más allá del enfrentamiento entre los sexos hay que

constatar que los individuos «son prisioneros de una genealogía que los convierte en herederos de la violencia injusta padecida por sus antepasados, los proletarios indignos» (309). ¿Quiénes son actualmente estos proletarios indignos? ¿El parado de larga duración? ¿El prejubilado precariamente? ¿El psicótico?...

Del ocaso del padre

Las dedicatorias en las tesis doctorales son una buena ocasión para manifestar afectos. Con harta frecuencia se dedican a los padres. En una de ellas, recientemente defendida, se expresa: **A los viejos, Santiago y Expedita, por estar siempre ahí. Este vástago parte de ellos.** Los padres siempre están ahí. Forman parte de nuestra conciencia, son nuestra conciencia. Son el tiempo y su forma familiar. Ya hemos visto cómo los profesores Beck y Beck-Gernsheim han señalado que el hijo representa hoy la última relación primaria irrevocable y no intercambiable que queda. Con él se reactualiza una vivencia social antequísima que en el proceso de individualización se torna improbable y al mismo tiempo ansiada. Lo que queda es trabajar a partir de estas tensiones, contradicciones y demandas contrapuestas. ¿En aras de qué?

Si como afirman estos autores el hijo se convierte en la última contra-soledad que la gente puede crear en esta sociedad de individuos, uno de cuyos efectos perversos e indeseables puede ser la soledad de los moribundos, como el profesor Elias ha señalado, entonces sobre el hijo está gravitando una fuerte tensión vital que por fuerza estallará en múltiples tensiones cotidianas. Si Evelyne Sullerot tiene razón los hijos actuales añoran al padre, se quejan de su ausencia y les reprochan una vida tan centrada en el trabajo. ¿Y qué sentido puede tener una vida familiar en la que constantemente o con más o menos constancia se cuestiona la figura del padre, se pone en duda o se desvaloriza? En este caso, mejor vivir fuera. Pero estar fuera tiene sus peligros, pues es vivir desarropado y como errabundo.

Qué duda cabe que la intimidad familiar sufre los embates de la política, la gestión

económica, el trabajo, la arquitectura, la configuración mental de imágenes y prácticas sociales, etc. Y que muchos conflictos personales están motivados por factores externos o transpersonales contra los que muy poco puede hacer una psiquiatría del *yo*. La configuración de la nueva intimidad familiar habrá de hacerse una vez más a partir de lo que hay, experimentando, configurando, ensamblando, construyendo, uniendo trozos de vivencias de aquí y de allá, modelando con materiales aparentemente inservibles, etc. Al modo del *bricoleur* al que nos hemos referido en páginas anteriores.

Mientras no se demuestre lo contrario, digamos que el promedio mínimo de la vida de un hijo actual en el seno familiar es de un tercio de su vida. Pero más precisamente es el primer tercio, convirtiéndolo en un tiempo crucial en la formación de su personalidad. El declinar de la figura paterna tiene que ver con una variedad de circunstancias y condiciones de la existencia social que están operando sobre los individuos, en un proceso de re-configuración de su identidad que opera en un doble sentido y al mismo tiempo: deconstrucción de identidades tradicionales y construcción de identidades nuevas o adaptadas a las condiciones de transformación de la contemporaneidad. Como concluye Yvonne Knibiehler en «Padres, patriacado, paternidad», los padres de hoy deben saber «que de ahora en adelante, tendrán que manejar tres tipos de relaciones y, ante todo, construirlas: con una mujer-madre, con los padres públicos y con los hijos que ya no son, e indudablemente no volverán a ser jamás, únicamente *suyos*» (135). Pero no tan deprisa. Parémonos a considerar este *suyos*.

En *El nuevo padre* ha advertido Sullerot que la naturaleza ha cubierto con un velo impenetrable la transmisión de la existencia y desde que el mundo es mundo «la tragedia de la paternidad ha sido siempre su incertidumbre biológica» (19). Pero hoy en día este velo puede caerse debido al test de Jeffreys¹ que permite identificar sin duda alguna al padre biológico de un niño. Sin embargo, alerta la autora, los jueces se muestran muy renuentes a emprender una acción de paternidad biológica: «Dudan a la hora de revelar al padre legal que no es el padre biológico o, mejor dicho, dudan a la hora de emplear los medios para saberlo con toda seguridad, aunque el hombre así lo

desea» (20). Y curiosamente, si el Código Civil se ha construido en este punto sobre la vieja idea de Portalis de que la maternidad es segura y la paternidad nunca lo será, actualmente la maternidad es la que ha perdido su seguridad, en tanto se puede disociar la madre genética, que dona un óvulo, de la madre gestante y que da a luz. Mientras tanto, un niño no puede tener más que un padre biológico y sólo uno, y además puede ser verificado sin la menor duda.

Pero sobre determinados asuntos mejor dejarlos como están. Si el misterio se desvela corremos serio peligro de perturbación y, en nombre de la paz del hogar, se suplica silencio y se ponen numerosos obstáculos para que los padres llenos de dudas recurran a averiguar la verdad. Pero es que, además, ¿acaso no se dice que el verdadero padre es el que cría al niño? La paternidad biológica no existe más que si va acompañada de la socioafectiva. Por lo tanto, conocer al padre biológico no aporta nada y los tests se hacen imposibles, trabándolos a un proceso judicial lleno de dificultades. Por esta vía seguimos obteniendo el mismo resultado: velar la transmisión de la existencia. El padre pasa a ser secundario y la paternidad, gloriosa estatua patriarcal se desmorona, volviéndose líquida y débil.

El ocaso del padre responde a la propia desfiguración de la familia edípica, nuclear, incapaz de soportar las tensiones que gravitan sobre su estructura. Gran parte de la preocupación por el incesto y sus tabúes ha sido resultado accesorio de la obsesión por la familia nuclear. Al respecto, Robin Fox en *La roja lámpara del incesto* pronostica que la familia nuclear servirá tanto como funcione, pues si las leyes, la arquitectura y la economía nos obligan a criarnos en el seno de la familia nuclear, entonces todas las presiones equilibradoras entre niños, jóvenes, adultos y viejos, cae sobre los hombros de esta institución de avenencia. Y continúa: «El joven tiene solamente al “padre” para probar sus aptitudes de agresión e inhibición, en tanto que la madre y las hermanas son sus únicos objetos de posesividad sexual... al principio. No tardará en ingresar a la sociedad más amplia y en encontrar otros blancos para ambos: principal y desastrosamente en la escuela. Pero al principio, está encerrado claustrofómicamente en el seno de *la bienfaisante chaleur animale et tro-*

picale [el grato calor animal y tropical] de la familia» (266). ¿Qué pasaría si esa estructura íntima y familiar se disolviera?

Esta es la pregunta que Serge Moscovici se hizo a principios de los setenta y que sigue teniendo plena actualidad. Argumentaba este autor que simultáneamente a la discriminación de la importancia familiar en el ciclo reproductivo, la autoridad del parentesco ha venido a menos en la ley, reduciéndose la diferencia entre autoridad paternal y maternal. Si la prohibición del incesto es el núcleo que jerarquiza y opone a las clases de sexo y edad, si esta ley define a los individuos como hombres que excluyen a las mujeres, «entonces, toda tentativa de reconstituir o de remplazar a la familia, que implicara otro tipo de relaciones entre los sexos y las generaciones para que la diferencia que los separa no fuera obligatoriamente una desigualdad sino que se fundara en la reciprocidad, tiene como primera condición la desaparición de la prohibición» (295). Naturalmente esto no significa que se cometa incesto, sino que su prohibición cese de ser un principio estructurador de las relaciones que se constituyen entre los individuos, así como que su figura negativa no constituya una dimensión de la vida social. No se predica con ello una vuelta a la vida animal, sino la prefiguración de un orden superior «en el que los individuos estarán liberados de todos los tabúes psicológicos y sociales que lo acompaña. El incesto sería como el canibalismo: nadie lo comete y no hay necesidad de ninguna regla que lo prohíba» (296 s.). ¿Hemos llegado a un tipo de sociedad desde la que podamos ver que ese núcleo de prohibiciones tan sólo han representado etapas para conformar un comportamiento abocado a desaparecer? ¿Podemos, a partir de aquí, pensar el fundamento de la sociedad en otra cosa que no sea una prohibición?

Muy brevemente

A la pregunta ¿Está en declive la figura del padre? cabría contestar: «tanto como cualquier figura sometida a las inclemencias del tiempo». La prohibición del incesto, la paternidad y el reparto exogámico articularon la sociedad

arcaica. La cuestión ahora es averiguar si seguimos siendo una sociedad arcaica. *Sí y no*, cabe responderse. Y esta es la escisión que hoy vivimos. Mientras tanto la evolución nos invita a experimentar con las múltiples diferencias que los tipos humanos recrean en sus vidas. En ello nos va la vida. Y nuestra responsabilidad se juega en lograr una vida digna para niños, jóvenes, viejos y adultos. ¿Tiene algún papel el padre en esta obra? Por supuesto.

NOTAS

¹ Test de las huellas genéticas, el cual, a partir de la molécula de ADN, permite identificar sin posibilidad de error al padre de un niño.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, Inés (Dir.), (1995): *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- BADINTER, Elisabeth (1993): «La revolución paternal», *XY. La identidad masculina*. Madrid, Alianza, 1992, pp., 203-222.
- BARRIL, Joan (1997): *Condición de padre*. Madrid, Aguilar.
- BECK, Ulrich y BECK-GERNHEIM, Elisabeth (1998): *El normal Caos del Amor*. Barcelona, El Roure [1990].
- BRUCKNER, Pascal (1996): «La nueva guerra de secesión (De los hombres y de las mujeres), *La tentación de la inocencia*. Barcelona, Anagrama, [1995].
- ELIAS, Norbert (1990): *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Península, 1987.
- (1987): *La soledad de los moribundos*. Madrid, 1982.
- FLAQUER, Lluís (1998): «Paternidad y parentalidad», *El destino de la familia*. Ariel, Barcelona, pp. 106-113.
- (1999): *La estrella menguante del padre*. Barcelona, Ariel.
- FOX, Robin (1990): *La roja lámpara del incesto. Investigación de los orígenes de la mente y la sociedad*. México, FCE, 1983.
- GIDDENS, Anthony (1995): «El significado sociológico de la codependencia», *La transformación de la intimidad*. Madrid, Cátedra (teorema), 1992, pp. 85-104.
- GIL CALVO, (1996): «Los hijos son de la mujer», en Cecilia Castaño y Santiago Palacios (eds.), *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*. Madrid, Alianza, pp. 185-204.
- HÉRITIER, Françoise (1996): *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*. Barcelona, Ariel.
- HURSTEL, Françoise: «De los padres "ausentes" a los "nuevos padres". Contribución a la historia de una transmisión genealógica colectiva», en TUBERT (ed.), *Figuras del padre*, cit., pp. 295-309.
- JACOB, François (1997): «El bricolaje de la evolución», *El juego de lo posible*. Barcelona, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.

- KNIBIEHLER, Yvonne «Padres, patriarcado, paternidad», en TUBERT (ed.), cit., pp. 117-135.
- LERNER, Gerda (1990): *La creación del patriarcado*. Barcelona, Crítica, 1986.
- LIBERMAN, Arnoldo (1994): *La nostalgia del padre. Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna*. Madrid, Temas de Hoy.
- MORIN, Edgar (1974): *El paradigma perdido: el paraíso olvidado*. Barcelona, Kairós, 1973.
- MOSCOVICI, Serge (1975): *Sociedad contra natura*. México, Siglo XXI, 1972.
- NICHOLSON, John (1987): *Hombres y mujeres. ¿Hasta qué punto son diferentes?* Barcelona, Ariel, 1984.
- PATEMAN, Carole (1995): «Génesis, padres y la libertad política de los hijos», *El contrato sexual*. Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 109-161.
- PORTALIS, Jean Etienne Marie (1997): *Discurso preliminar al Código Civil francés*. Madrid, Cívitas.
- REQUENA, Miguel (1992): «El eclipse de la razón doméstica», en Vicente Verdú (ed.), *Nuevos amores, nuevas familias*. Barcelona, Tusquets, pp. 23-53.
- SULLEROT, Evelyne (1993): *El nuevo padre. Un nuevo padre para un nuevo mundo*. Barcelona, Ediciones B., 1992.
- TUBERT, Silvia (ed.), (1997): *Figuras del padre*. Madrid, Cátedra.
- VV.AA. (1995): *La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas. Actas del Simposium Internacional (Las Palmas de Gran Canaria, octubre de 1994)*. Gobierno de Canarias, Departamento de Psicología y Sociología de la Universidad de las Palmas de Gran Canaria y la Fundación Centro de Orientación Familiar de Canarias, Gran Canaria.
- ZELDIN, Theodore (1996): «Por qué padres e hijos están cambiando de opinión sobre lo que quieren unos de otros», *Historia íntima de la humanidad*. Madrid, Alianza, pp. 352-367.